

DOI: <http://dx.doi.org/10.15446/hys.n29.50601>

John Lynch, *Simón Bolívar* (Barcelona: Editorial Crítica, 2009), 478 pp.

Como se ha investigado, estudiado y escrito tanto sobre Simón Bolívar, podría pensarse que ya está dicho todo. Pero es tal la complejidad del personaje y tan caótica la situación de las nacientes repúblicas durante la lucha por la independencia que un historiador de la talla de John Lynch puede hacer nuevas interpretaciones de la historia de aquellos días, a partir de una documentación y una bibliografía abrumadoras. Es así como este autor presenta y discute en forma convincente los rasgos del Libertador y describe con profundidad las condiciones del momento mediante una narración fluida, por momentos emocionante, que con éxito ordena, contextualiza y da sentido a una realidad. Muy difícil encontrar una más cabal comprensión de aquel hombre y sus circunstancias.

El libro *Simón Bolívar* (original en inglés *Simón Bolívar: A Life*, publicado en 2006 por la Universidad de Yale) fue traducido al castellano por Alejandra Chaparro; tiene 478 páginas y se publicó en 2009 para Colombia como parte de la colección Serie Mayor de la Editorial Crítica, de Barcelona.

Uno de los hispanistas más destacados de nuestro tiempo, Lynch es profesor emérito de la Universidad de Londres y fue director de su Instituto de Historia de América Latina, bien conocido por numerosas obras relacionadas con la España imperial y su administración de las colonias en América, al igual que con el origen y los caudillos de la independencia en América Latina. Dos de sus obras recientes son *San Martín. Soldado argentino, héroe americano* (2009) y *Dios en el Nuevo Mundo. Una historia religiosa de América Latina* (2012). Se ha considerado como un verdadero clásico su libro *Las revoluciones hispanoamericanas* (en inglés *The origins of Latin American Revolutions 1808-1826*, publicado por la editorial Norton en 1973) por presentar una visión de conjunto de la lucha de los diferentes países, pero es bien

posible que en gran medida el autor, hoy con 88 años, sea recordado por este libro sobre Bolívar y su época.

Aspectos centrales del pensamiento del autor inglés se publicaron en una entrevista concedida al blog "El Reportero de la Historia" (ver: tinyurl.com/23m245o). Se refiere allí, entre otros aspectos, a la necesidad de estudiar la vida de los libertadores para lograr una comprensión amplia de la independencia, algo menospreciado por historiadores que se ocupan primordialmente de estructuras económicas, clases sociales y coyuntura internacional; a la "leyenda negra" cuando se le pregunta si tiene un visión benévola de la dominación española en América; a las razones para no haber publicado una biografía de Bernardo O'Higgins; y a su respuesta a la pregunta de por qué los tres libertadores empezaron como republicanos y acabaron cerca de posturas autoritarias.

Emerge del texto sobre Bolívar una figura que integra en una fusión asombrosa lo político con lo militar, un hombre de la Ilustración con una gran capacidad pragmática para adaptar ideas ajenas a las especificidades de estos territorios. Enemigo de las "repúblicas aéreas" pugna por un centralismo fuerte que permita gobernar caudillos, clases e intereses contrapuestos, hasta el punto de proponer en la Constitución de Bolivia la presidencia vitalicia y el senado hereditario, lo que por supuesto dio origen a la oposición, con buenas razones, de Santander y sus seguidores. Pero es bueno recordar que dicha autoridad, según dice el discurso del Libertador al congreso constituyente de Bolivia, sería sometida a "los límites constitucionales más estrechos que se conocen" y privada de "todas las influencias". Y agrega que "Por esta providencia se evitan las elecciones que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares". La Constitución delegaba competencias a otras instancias del Estado y señalaba que el vicepresidente sería el principal ejecutivo y sucesor vitalicio.

Leyendo algunos apartes del libro, vuelve la importante polémica sobre las razones y primeros desarrollos de la Independencia. Es claro que se pasó de una monarquía a incipientes repúblicas, pero para los indígenas, negros y mestizos se trató de un cambio en el poder, de los españoles a los criollos, sin que sus condiciones cambiaran en lo esencial y que aun empeoraran, como en el caso de la concentración de la tierra. El fin de la esclavitud, decretado insistentemente por Bolívar y respaldado por su ejemplo al liberar los esclavos que poseía, solo se materializaría décadas después.

Con respecto a los indígenas, el Libertador mostró simpatía por sus derechos y repetidamente expidió decretos que supuestamente trataban de favorecerlos, al ordenar que los mismos fueran convertidos en propietarios, por ejemplo, pero el resultado fue destruir el régimen de propiedad común. Los nuevos poseedores de la tierra, al no contar con capital ni protección, quedaron a merced de los terratenientes, quienes como acreedores obligaron a los indígenas a volverse peones o a vender sus tierras para pagar las deudas.

Aunque el autor casi siempre toma partido por el Libertador, para defender con buenas razones sus difíciles decisiones en aquellos años turbulentos, en algunos casos censura su actuación. Lo hace con dureza cuando menciona la entrega del Precursor Francisco de Miranda a las tropas españolas por parte de Bolívar y otros oficiales que lo acusaban de traidor por firmar un armisticio con el enemigo. Dice Lynch que fue un acto innoble, llamado perfidia por Andrés Bello, inmerecido por alguien que había trabajado tanto por la causa americana.

De otra parte, es injusto el tratamiento despectivo del autor del libro frente a Santander. Lo presenta como un burócrata interesado en el dinero, cruel y vengativo, sin tener en cuenta que su defensa del espíritu de la ley y el régimen republicano tenía pleno sentido en unos países con largos años de guerra y con frecuencia dominados por caudillos regionales de corte militarista. En cambio, es posible que al neogranadino le quepa una responsabilidad histórica con respecto al atentado contra Bolívar en 1828, pues al parecer supo que se planeaba y no lo denunció; sin embargo, el consejo de ministros no estuvo conforme con las pruebas presentadas y, aduciendo además el interés público, conmutó la sentencia de muerte por el destierro. A propósito de este tema, el año pasado se publicó el libro *Francisco de Paula Santander Omaña: el mejor presidente de Colombia*, de Ediciones Unaula, en el cual el autor Gabriel Poveda Ramos enumera las muchas y beneficiosas realizaciones del presidente Santander, frente a lo que debe señalarse, no obstante, que ocurren después del período analizado por Lynch.

También hay que referirse a los exilios o huidas de Bolívar en momentos de derrota, episodios controvertidos que Lynch trata con benevolencia. Después de la caída de Puerto Cabello en 1812 y el fin de la primera república de Venezuela, el Libertador parte para Curazao. Hacia mediados de 1814, ante las victorias realistas comandadas por Boves y el inminente colapso de su proyecto de liberar a Venezuela, Bolívar aban-

dona el país y se dirige a la isla Margarita. Más tarde, después de la lucha infructuosa para que Cartagena aceptara su autoridad y ante el avance de las tropas realistas en el valle del Magdalena, Bolívar se embarca para Jamaica en mayo de 1815, y al despedirse de sus soldados les dice algo desconcertante, ya que las palabras provienen del capitán general de la Confederación de la Nueva Granada: que continúen la lucha por la libertad, pues de ellos depende la república.

Un oprobioso artículo en el que las fuentes brillan por su ausencia, escrito por Karl Marx, considera que dichas huidas o exilios son expresión de una reiterada cobardía por parte de Bolívar. El poco conocido artículo fue publicado en 1808 en el volumen III de *The New American Cyclopaedia* (ver tinyurl.com/otqkrpf). Aquí los hagiógrafos bolivarianos tienen una excelente oportunidad para afilar sus argumentos con el fin de confrontar la violenta descalificación que del prócer hace el autor de *Das Kapital*.

Mucho se ha polemizado sobre la entrevista en Guayaquil del general argentino José de San Martín (en ese momento Protector de Perú) y Bolívar. No debe olvidarse que se trataría de definir el estatus de dicha ciudad, pues el Protector quería anexarla al Perú y el Libertador sostenía con vehemencia que el puerto era parte de Colombia, como resultó al fin. Aunque los dos conversaron sin la presencia de terceros, el autor del libro narra con precisión los antecedentes y consecuentes de la reunión, así como lo dicho por cada uno después de la entrevista, con el fin de señalar que San Martín "fue lo suficientemente honesto para concluir que [Bolívar] era el hombre indicado para ganar la guerra, alguien capaz de aplastar a quien se cruzara en su camino, no sólo a los españoles". Y agrega: "El líder de la revolución del sur decidió retirarse y dejar el camino abierto para que Bolívar conquistara Perú para la independencia". En efecto, el Protector saldría rápidamente para Chile y más tarde para Europa, en donde se exiliaría hasta su muerte en 1850. Debido a que el Libertador no le brindó la ayuda necesaria para completar la liberación del Perú, dijo con desencanto: "Bolívar y yo no cabemos en el Perú".

Se ha escrito que Bolívar salió de Santa Fe de Bogotá en su viaje final a Santa Marta acompañado de pocos amigos y que además pudo ver un grafito con el insulto que se le había ocultado: "longaniza". Aunque es cierto que la turba salió a las calles para celebrar la partida de Bolívar quemando retratos suyos y gritando a favor de Santander, escribe Lynch que "una escolta de ministros, diplomáticos, residentes

extranjeros y amigos civiles y militares le acompañó durante algunos kilómetros para despedirle". En un párrafo anterior, el autor señala la situación desoladora del Libertador: "En Bolivia le habían rechazado por ser extranjero. En Perú por ser el comandante de un ejército colombiano. En Colombia por oponerse a la disolución de la unión y por defender a los militares venezolanos". Y es necesario agregar que el antiguo caudillo militar, José Antonio Páez, responsable de causarle a Bolívar grandes problemas y luego presidente de Venezuela, se rebela contra el Libertador, separa a Venezuela de la Gran Colombia y anuncia: "Se declara al general Bolívar enemigo de Venezuela y se le prohíbe su entrada al país".

¿Y cuál es legado del Libertador? En el importante y último capítulo del libro, así escribe John Lynch:

La historia de Bolívar, desde su primera protesta a su última batalla, no constituye una línea recta e indivisible. Su vida se desarrolló en tres etapas; la revolución, la independencia y la construcción del Estado. En la primera, que va de 1810 a 1818, el joven venezolano ilustrado era un líder revolucionario que peleaba y legislaba por su tierra natal y su vecina, Nueva Granada. En la segunda, de 1819 a 1826, se convirtió en el libertador universal que miraba más allá de las fronteras nacionales y llevó la revolución al límite. En la tercera, de 1827 a 1830, fue un estadista que luchaba por dar a los americanos las instituciones, las reformas y la seguridad que necesitaban, y que les dejó un legado de liberación nacional que, pese a que él mismo advertía imperfecto, el resto del mundo supo reconocer como un logro de enormes proporciones.

Con razón el autor termina el libro criticando un culto a Bolívar que distorsiona su pensamiento y su obra, pues no han faltado quienes lo consideran un populista o un socialista. Es del caso agregar que esas apropiaciones buscan aprovechar políticamente la reputación de un gran hombre que despierta respeto y veneración en las masas. Pero el asunto viene de tiempo atrás. Eso fue lo que hizo el mismo presidente venezolano ya mencionado, José Antonio Páez, gran enemigo de Bolívar, pero interesado en asociarse a su gloria, cuando en 1842 obtuvo la repatriación de los restos del Libertador con el fin apaciguar la inestabilidad política.

Suena ridícula e irrespetuosa la reciente exhumación de los restos del Libertador con el fin de averiguar si en Colombia había sido envenenado con arsénico. Se sabe que en sus últimos días fue bien atendido por el médico francés Prospère Réverand y por un cirujano de la marina estadounidense, George MacNight, quienes

coincidieron en que Bolívar padecía una grave afección pulmonar, lo que hoy se llamaría tuberculosis.

Ante ditirambos e indebidas apropiaciones, es bueno finalizar con lo dicho a Bolívar por el visionario José Domingo Choquehuanca, importante político peruano, cuando el Libertador pasó por el pueblo de Pucará en 1825. Su arenga termina así: "Habéis fundado tres repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevan vuestra estatua a donde ninguna ha llegado. Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

DARÍO VALENCIA RESTREPO
Universidad Nacional de Colombia
www.valenciad.com